

VIII.

Una docena justa de sonetos, pues sin duda en América se expenden los sonetos por docenas lo mismo que los huevos acá, una docena justa de sonetos con su numeración seguida, exhibe don Roberto Brenes en *Cuartillas*, en la consabida revista costarricense.

¡Y qué sonetos!

El primero comienza así:

«De tupidas clemátides coquetas
Con jazmines en plácido connubio
Como de copos blancos un diluvio
Cobija el verde zarzo de mosquetas...»

De donde se deduce que el autor no sabe á punto fijo lo que es *zarzo*, ni lo que es *cobijar*, ni lo que es *diluvio*...

¡Mire usted que cobijar un diluvio!... ¡Y cobijarle un zarzo precisamente!...

Lo que sí sabe el autor es poner un mote á cada cosa; y á algunas dos, como á las cle-

mátides, que las llama coquetas—¡pobres cle-
mátides!—y tupidas.

Y sigue:

«En su redor las *cándidas* violetas...»

¡Hombre! ¿Las violetas *cándidas*?...

No es imposible que lo sean, porque el cul-
tivo puede cambiar el color á las flores...

Pero lo ordinario es que las violetas no
sean blancas, sino del color á que han dado
su nombre; del color que se llama *violeta*.

¿Será que tampoco sepa el autor lo que es
cándido?

«En su redor las *cándidas* violetas
Vertiendo están su virginal efluvio,
Y entre *chiritas*...»

¿Y qué son *chiritas*?

Aquí ya no es el sonetero por docenas
quien no sabe lo que son las cosas; soy yo,
francamente, que no sé con qué se come eso,
ni si es carne ó pescado.

«Y entre *chiritas* de penacho rubio
Las orquídeas adornan las glorietas.»

Bueno. Aunque con trabajo y quedándonos
con la curiosidad de saber lo que son *chiritas*,
hemos salido de los cuartetos del primer so-
neto docenil del señor de Brenes.

Los tercetos son de esta facha:

«Allí está el aire de perfumes *lleno*
Y saturado de *inmortal* frescura...»

Al revés me la vestí;
Por eso la traigo así...

Quiere decir este refrán, que el señor Bre-
nes usa al revés los adjetivos *lleno* y *saturado*,
empleando el primero donde podía haber em-
pleado el segundo, y empleando el segundo
donde podía, menos impropriamente, haber
empleado el primero, por ser más general, y
por ser más extensa la escala de sus acep-
ciones.

Podría pasar que se dijera que el aire está
lleno de frescura, en el sentido de que es
fresco todo el aire.

Mas en cuanto al *saturado* ya no es lo mis-
mo, porque este adjetivo tiene significación
más determinada.

Se puede decir que el aire está *saturado* de
perfumes, pero no que está *saturado* de fres-
cura. Porque la frescura, aunque sea *inmor-
tal*, como quiere el señor Brenes, no es más
que la disminución del calor, y como esta dis-
minución no tiene límite conocido, no hay
saturación posible.

Vaya usted á saber hasta dónde puede lle-
gar la *frescura* de los hombres políticos, por
ejemplo.

O la de los malos poetas.

«Allí está el aire de perfumes lleno
Y saturado de inmortal frescura,
Todo es allí letífico y sereno.
(¡Letífico y sereno? ¡Bueno, bueno!)
¡Si alcanzase, abrazado á una hermosura,
(Impureza se llama esta figura)
Hollar del zarzo el aromoso seno,
Sería mi santuario de ternura.»

Pero, ¿quién sería ese santuario de ternura? ¿El zarzo? ¿Y qué zarzo es ese que tiene un aromoso... seno? ¿Tiene también co-seno?...

A-ro-mo-so-se-no... soseno.....

¡Qué afán de amontonar sosadas!

En el segundo soneto de la docena el poeta, llamémosle así, me parece que habla con la luna.

Mas como no lo dice al principio, ni después tampoco, se tarda en saber, y hay que leer el soneto dos ó tres veces sin entenderle, antes de llegar á vislumbrarlo.

Figúrense ustedes que se encuentran una docena de huevos en la cesta, digo, una docena de sonetos *En la floresta*, y debajo de este título, una dedicatoria *Al distinguido poeta D. Justo A. Facio*, que ni siquiera como mal poeta es muy distinguido, pues apenas se distingue del autor de estos sonetos adocenados.....

Figúrense ustedes que leen el primero de

los sonetos, que habla de las clemátides *tupidas* y *coquetas* en connubio *plácido* con los jazmines, diluvio de copos *blancos* cobijado por el zarzo *verde* de mosquetas y rodeado de violetas *cándidas*, entre *chiritas*; cuyo zarzo, como diría cualquier académico, tiene un *seno aromoso*, que el autor desea hollar con intenciones pecaminosas.....

Figúrense ustedes, que debajo de este soneto primero, y sin más título que el general de la nidada, se encuentran con este número romano II, y enseguida empiezan á leer:

«¡Cuán bella asomas en la azul colina
Presta á tender los *argentados* trajes.....»

No niego que pueda ser la luna; pero lo mismo puede ser la doncella de servicio de una casa de campo, que sale al balcón á sacudir el polvo á los trajes de la señora.

Y aunque luego hay otro verso que dice:

«Rodando como *perla majestuosa*,»

tampoco esto es bastante para deshacer la confusión; porque si la doncella no rueda, á no ser en sentido figurado, cuando va recorriendo muchas casas, tampoco vemos rodar á la luna.

Ni casi á las perlas... *majestuosas*. Porque como valen dinero, no se las suele echar á rodar á menudo.

Bueno: el caso es que en este segundo soneto es azul la colina, *argentados* los trajes, *magníficos* los paisajes, *melancólica* la luz que los ilumina, la cabellera *diamantina*, *espléndidos* los encajes, *pálidos* los follajes, y la lluvia... *crystalina*, todo porque al autor le da la gana de hacerlo así, mas no porque Dios así lo haya criado.

Porque lo que es la *cabellera diamantina*, me parece que no la ha criado Dios, sino el señor Brenes.

«Como tu cabellera *diamantina*
Cual formada de *espléndidos* encajes....»

¿En qué quedamos?—dirán ustedes—¿en el real, ó en los ocho cuartos?

O como si dijéramos: ¿Es de diamante, ó ó es de encaje la cabellera?....

Los tercetos salen así:

«Rodando como perla *majestuosa*
Hacia el *fondo* turquí del *hondo* espacio....»

¡Anda, salero! Hacia el *fondo* del *hondo*. Lo mismo que el autor de las *Colombinas con ilustraciones*... Los *genios* se copian sin saberlo. Vamos, coinciden en decir las cosas mal.

«Rodando como perla *majestuosa*
Hacia el *fondo* turquí del *hondo* espacio,
Semejas una lágrima amorosa
(*Lágrima, si es la luna, prodigiosa*)

¡Ay! si á la luz de tu reflejo lacio
Errase en este bosque con mi hermosa....»

¡Ya pareció aquello!....

¿Cómo había de faltar la hermosa?....

Y ahí tienen ustedes á un hombre que desea *errar*... y lo consigue.

¡Vaya si lo consigue!

Si no en el bosque, por lo menos en los sonetos.

El tercero es de ondas... *esplendentes*... y *opalinas*, pues no estaba bien que las ondas se quedaran con un solo epíteto.

Porque también el sol, que viene en seguida, es *puro* y *radiante*.

Véase:

«De ondas *esplendentes* y *opalinas*
(*Si no dices de jondas, desafinas*)
El *puro* sol como *radiante* gema....
(*¡Gema?... Bien... Cada loco con su tema*)
Cual cascada de *risas argentinas*
(*¡Cáscaras! ¡Qué cascada!... ¡Cascarinas!.....*)
Rompió del bosque la *quietud suprema*
(*¡Quién la rompió?... ¡Bah! Dígalo y no tema*)
Y ví vestidas de *amarillo crema*
(*Mal gusto: es el color de la postema*)
Dos jóvenes *hermosas* y *divinas*.»

¡Caracoles! ¿Dos? ¡A que nos va á resultar mormón este hombre!...

¿Y luego hermosas... y además de *hermosas*, *divinas*?...

Podía haber comenzado por llamarlas divi-

nas, y ya no necesitaba decir que eran hermosas, porque baza mayor quita menor, como suele decirse.

Mas era el caso que sin los dos adjetivos no había verso...

Y continúa el hombre:

«A verlas abrazadas y tan solas
Despacio andar por el sendero estrecho...»

¡Hombre, no! Si cabían las dos abrazadas, no era tan *estrecho* el sendero.

¿Qué más anchura quiere usted en un sendero que la necesaria para que pasen á la vez dos personas? Lo ordinario es que no pueda pasar más que una; y lo que es si cupieran más de dos á un tiempo, ya no sería sendero, sería camino.

Verdad es que el primer verso del terceto segundo acaba en *pecho*, y por eso el sendero tuvo que ser estrecho, porque si no no había consonante.

Soneto IV:

«Ostentaba en los bosques el rocío
Trocatintes cambiantes y diversos...»

«Trocatintes... cambiantes»... dos sustantivos... «y diversos»... unidos con un adjetivo...
¡Combinación más rara!

«Bulliciosos los pájaros, sus versos
Modulaban...»

¡Pobres pájaros! ¡Levantarles el falso testimonio de que modulan versos!...

Y apuradamente aunque los modularan, no los modularían peores que los de autos.

«Bulliciosos los pájaros, sus versos
Modulaban en tierno murmurio.»

¡Hombre!... ¿Murmurio?... Verdad es que para servir de consonante á *rocío*, por fuerza tenía el murmurio que ser *murmurio*.

Aunque lo mismo podía el autor haber cometido algún *perjurio*; lo cual hubiera sido tan mal *augurio*, como tener un hijo *espurio*...

Vaya, que dicen estos poetas cada disparate que tiembla el *misterio*...

«Amaneció y hacia aquel zarzo umbrío...
(¿Otra vez aquel zarzo? ¿Hay otro lío?)
Marchaba por entre árboles dispersos
(¿Dispersos?... Sí, por concertar con versos.)
La joven de ojos vívidos y tersos...»

Sí; á la joven la estaba yo viendo venir. Sólo que no creía que se viera usted obligado á ponerla los ojos *tersos*.

¿Sabe usted que estará graciosa?...

Con los ojos *tersos*... y luego vestida de amarillo, pues dice que

«Era su traje de color de gualda...»

Soneto V:

«Sí, son tan rubios sus cabellos finos
como las hebras del *elote* en cierna
Y *ocultos* hay en su mirada *tierna*
Reflejos y fulgores *diamantinos*.

Y si están ocultos, ¿cómo los ha visto
usted?...

Bueno; adelante:

«*Sarta* es su voz de *melodiosos* trinos,
Con el *banano* su esbeltez alterna
Y hay en su firme y escultórea pierna...»

¡Jesús! ¡Qué porquería!...

¡Pero D. Roberto! ¿Le parece á usted que
está bien ni medio bien desnudar así á una
muchacha delante de la gente?

No le sigo á usted, porque Dios sabe á
dónde irá usted á parar, y salto al soneto nú-
mero 6, que dice:

«La luna llena cual *dorado* globo...»

Lo cual prueba que, si no es poeta, es do-
rador el señor Brenes, porque hace un mo-
mento la luna era plateada ó *argentada*, y aho-
ra ya la ha dorado.

«La luna llena cual *dorado* globo
Iba ascendiendo en el azul *tranquilo*,
El céfiro con *lánguido* rehilo...
(¡Rehí... qué?... ¡Brillante estilo!)

Mecía en el jardín el alto *pobo*.
(¡*Vamos, me quedo bobo!*)
Tendido en las retamas de un escobo
(*Parecería un lobo*)
Pocos momentos *la* esperé intranquilo
(*Yo sí que estoy en vilo*)
Y al mirarla llegar *mi* *refocilo*
(*Corren aquí las... gracias hilo á hilo*)
Tornóse al punto en *indecible* arrobo.»

Todos los arrobos son indecibles, porque si
no lo fueran, no serían arrobos.

Siga usted:

«Me dió la mano temblorosa y fría.....»

Bien: eso puede pasar. Pero cuidado no
meta usted la pata, ó mejor dicho, no saque
usted la pierna, como antes.....

«Me dió la mano temblorosa y fría
Por la emoción de su *sin par* cariño.....»

¿*Sin par*, de veras? ¿No tiene par su cari-
ño en el de usted? ¡Ingratón! ¿Por qué no la
quiere usted otro tanto?

«Me dió la mano temblorosa y fría
Por la emoción de su *sin par* cariño.
Yo la besé inundado de alegría.....
Y de mi alma, como de un *escriño*.....»

¡Hombre! Me gusta la comparación.....

Por supuesto, que si la hubiera hecho otro, si otro hubiera llamado al señor Brenes alma de *escriño*, ó de *escreño*, que es como más comúnmente se dice, se hubiera enfadado. Pero como es él quien compara su alma con un *escreño*, no habrá de quejarse!

¡Qué ocurrencia más peregrina y más original!

«Y de mi alma, como de un *escriño*,
Sólo brotó el joyel que contenía.....
(¡Ay, Dios! ¡Qué brotaría?.....
Alguna tontería.....)
Un «te amo» en una lágrima de niño.»

El sétimo... no hurtar.

La barbacoa de colgantes flores.....»

Bueno: yo no sé lo que es la *barbacoa*, pero es lo mismo. Basta saber que tiene flores *colgantes* y que está

«Inundada de *mágicos aromas*.»

Van el poeta del *escreño* y su amiga

«Juntos los dos gustando los olores
De las vecinas.....»

No crean ustedes que se trata de las veci-

nas de la casa; pues en este caso no sería muy de envidiar el gusto. Se trata

«De las vecinas *perfumadas* pomas,»

que naturalmente habían de ser *perfumadas* para que el poeta y su amiga gustasen sus olores.

Ahora verán ustedes lo que hacían *juntos los dos*:

«Mirábamos *cual gotas policromas*
Puro rocío *destilar fulgores.....»*

¡Destilar fulgores!... Y luego, dos amantes que son *cual gotas policromas.....*

Porque el *cual* viene inmediatamente después de *mirábamos*, y á los amantes tiene que referirse, á pesar de que las *gotas policromas* no miran.....

«Mirábamos *cual gotas policromas*
Puro rocío *destilar fulgores.....»*

¡Vamos!... que no lo entiendo.

«Luego, en el cáliz de un clavel *fragante*,
Fuí recogiendo las *rodantes* perlas,
Ya transformadas en licor *temblante.....»*

No hay cosa más fácil que versificar así.

Lo que rueda *rodante*, lo que tiembla *temblante*, lo que cansa *cansante*....

Y aún así no sabe hacerlo bien el señor Brenes, porque el último renglón de este soneto,

«Que, pudorosa, me sonrió al beberlas»,

no es verso ni cosa que lo valga.

Porque *son-ri-ó* tiene por sí solo tres sílabas, y no se puede hacer que tenga solamente dos, como era necesario para que eso fuera verso endecasílabo.

Y menos uniéndose el artículo *al* por sinalefa.

Vamos, si no, á ver quién pronuncia en dos sílabas todo esto: *sonrió al*. Dos consonantes y tres vocales en una sola sílaba.

Todos los demás sonetos de la docena son así; como suelen ser la mayor parte de los versos americanos.

Defectuosos y pobres en la forma, cubiertos de epítetos extravagantes, á manera de falsa pedrería.

Eróticos en el fondo hasta el fastidio, verdes, de un verde subido, subido hasta los lindes de la asquerosidad.

Yo creo que á estos *poetas* intertropicales se les figura que no hay para el alma otra delicia mayor que el manoseo de la carne desnuda, ni para la poesía más digno asunto

que la descripción minuciosa y enlodada de esas miserias de la vida.

A esa tarea vil se dedican con empalagosa constancia, en ella gastan sus nobles facultades alardeando y mostrándose orgullosos de poder desempeñarla de ciencia propia, sin advertir ¡infelices! que esa ciencia está al alcance de todas las fortunas, pues hasta los pobres soldados hallan esas gangas si las buscan, y aún sin buscarlas á veces las encuentran.

Peró, ¿qué digo los soldados, que al fin son hombres, aunque á veces por el trato que reciben no lo parezcan?...

Hasta los bichos más ruines de la creación disfrutan de esos *refocilos*, que diría el señor Brenes, el de la *pierna*.

Lo cual debiera bastar para que los hombres, lejos de entretenerse en cantar y ensalzar esas bajezas, escucharan avergonzados el versículo del Profeta-Rey: *Nolite fieri sicut equus et mulus, quibus non est intellectus* (1), y recordaran el hermoso terceto de Rioja:

«Esta nuestra porción alta y divina
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina.»

(1) Psalm. XXXI, 9.